

LUIS TAMARGO

VENTANAS ENCENDIDAS

SANTANDER

2005

© Luis Tamargo Alonso

luistamargo@saludalia.com

Santander, 2005.

Depósito legal: CN-104-04.

Índice

VENTANAS ENCENDIDAS

Ventanas encendidas

Solo profesional

Pero no matarás

Noche de magia

Lágrimas de payaso

Balas perdidas

Aventura en la sabana

VENTANAS ENCENDIDAS

La carretera que atraviesa Corvel secciona al pueblo con su trazado recto y deja ocultos, a ambos lados, las calles frías de este remoto puerto de montaña donde sólo el humo de las chimeneas parece dar señales de vida.

Pero para nosotros era distinto, nacimos allí. Dimos los primeros pasos y los primeros gritos entre sus calles polvorientas, de espaldas al tumulto, en la plaza de piedra donde las madres y los niños, siempre escasos, se citaban en consolador centro de reunión. Crecimos al amparo del bosque de mata baja, duros y sórdidos, y entre las peñas abruptas de aquellos roquedos inventábamos juegos propios de una infancia como las demás. Era un juego como otro cualquiera, la vara de un avellano o la vieja cachava de fresno a modo de improvisado fusil servían para entablar controvertidas batallas en el paisaje aislado del páramo o en la vuelta de la esquina, junto a nuestras casas. Dan y yo crecimos así y fuimos los únicos que, desde las desvencijadas aulas de la antigua escuela llegamos también a compartir los barracones del campamento en el ejército.

Al entrar en Corvel, la primera casa que uno se encuentra es la de Dan. Puedes pasar cientos de veces delante del pueblo sin encontrar nada de particular en su cuadrado armazón, revocada de blanco, con sus dos enormes ventanas asomadas a la carretera infinita. Pero para quienes hemos vivido allí, las dos ventanas iluminadas representan no solo la llegada de la media tarde sino la íntima certeza de que estamos en casa, en Corvel, nuestro hogar. Más adelante, algunas de las misiones militares a las que fuimos destinados sirvieron para estrechar más aún nuestros lazos y, además, para perfeccionar aquella técnica nuestra que empezó como un cómplice juego infantil. Era una de nuestras estrategias preferidas... Mano abierta en alto y cuenta atrás, el pulgar dentro y el puño al pecho! Era la señal convenida para que la patrulla saltase por sorpresa sobre la trinchera sin cesar de ametrallar al enemigo desprevenido. Constituíamos una unidad de choque de primera línea, experta en abrir vías de avance a las tropas allá donde lo

complicado de la situación lo impedía y Dan era todo un veterano en estas lides.

Fue hace algunos años en el oriente asiático, formábamos parte de la avanzadilla y, parapetados a lomos del refugio enemigo, debíamos eliminar el fuego artillero que martilleaba el único acceso a la pista de tierra, arteria principal que permitiría el aterrizaje de nuestras tropas. En el campamento enemigo los soldados se relajaron en el puesto al caer la tarde, se acercaba el momento idóneo para el ataque. Un silencio tenso precedió la espera hasta que, como oficial responsable, alcé el brazo en alto con los dedos extendidos... Tres, dos, uno y el pulgar al pecho! Como en otras ocasiones, Dan saltó con el arma en ristre sobre las cabezas de los distraídos soldados, pero su dedo no apretó el gatillo. Fueron tan sólo unas milésimas de segundo las que permaneció colgado en el aire con la mirada fija en el campamento, en las dos ventanas encendidas del puesto vigía que se cruzaron en su salto, pero suficientes para que su cuerpo cayera muerto, acribillado por el precioso tiempo de una duda. No lloré, no podemos hacerlo quienes cuajamos todas las lágrimas en un disparo, pero recuerdo su rostro plácido, su semblante feliz de niño. Yo sé con lo que se topó en aquel salto, Dan vio las ventanas de su casa de Corvel... Aún hoy no puedo evitar un estremecimiento al recordarlo.

Los años transcurridos y los méritos otorgados me llevaron a desempeñar mis funciones militares desde un despacho del ejército en la capital, no muy lejos de mi localidad natal, a donde suelo retornar con mi familia por vacaciones. Puedes seguir miles de veces la recta irregular que atraviesa el pueblo sin que nada te llame la atención... Pero cuando uno llega a Corvel, la primera casa con sus dos grandes ventanales iluminados te da la bienvenida y parece decirte que llegaste a casa...

SOLO PROFESIONAL

Desde la séptima planta del hotel la avenida sólo era una hilera de puntos luminosos que desafiaban a la noche. Enfrente, un ejército de antenas plagaba la azotea del edificio más cercano, atiborrado de chimeneas y tubos de ventilación; y dos plantas más abajo, la silueta morena de la chica volvía a hacer acto de presencia... Acercó un poco más hacia delante el sillón con cuidado de no rebasar el límite con el ventanal y, una tarde más, se recostó cómodo a contemplarla. Era la segunda temporada que pasaba allí y seguramente repetiría hotel en sucesivas visitas a la ciudad: no le dejaba lejos de la zona de trabajo y, ahora con el descubrimiento de aquella belleza exhibiéndose sin pudor frente a él, sus ansias de curiosa admiración al menos estaban cubiertas. La chica siempre realizaba idéntico ritual, delatada por la luz trasera del baño e, ignorando ser observada, se desvestía cada tarde para entregarse a un relajante baño del que no era la única beneficiaria. Ya conocía cada uno de los pasos a seguir, la chica saldría del agua entre brillantes destellos de jabón, después se acercaría a la ventana con la toalla aún envuelta sobre la cabeza, para permanecer breves minutos oteando el cielo y las calles, desnuda, ajena e indiferente a otros ojos. Él se hundió precavido en el sillón sin poder evitar estirar el cuello en un gesto de atractiva curiosidad; desde que la descubrió no había faltado ningún día a la cita, aquella belleza exótica brillaba con luz propia en la íntima oscuridad de la noche. La mujer se giró con un contoneo suave de caderas, mientras se alborotaba el pelo; antes de desaparecer de nuevo por el pasillo dejó tras de sí un sinuoso vaivén que invitaba al ensueño voluptuoso... Él miró otra vez el reloj, no quería llegar tarde a la función de las once. El piano bar donde amenizaba la velada nocturna de los más trasnochadores no estaba lejos, pero también tenía derecho a emplear su tiempo libre en los pequeños caprichos que le ayudaban a refrescarse y -¿por qué no?- a soñar...

Aquella vez deleitó a sus contertulios con una suite clásica al piano, aunque aprovechó alguno de los momentos distendidos para amenizar el ambiente con temas antológicos de jazz, que eran en realidad los que le hacían disfrutar cuando tocaba. Desde que acabó la carrera de música había probado a ocupar alguna de las plazas de profesor a las

que la gran mayoría de sus compañeros competidores opositaban, aunque sin éxito. Fue aquella propuesta de veranear en el extranjero al tiempo que trabajaba la que acabó por calar hondo en su espíritu inquieto de músico profesional. La primera vez fue en París, no era verano, pero este año volvió a repetir.

Sonaban los acordes tristes de “Insensatez”, una de sus bossas preferidas y la que destinaba para cerrar la primera parte del concierto y dar paso al intermedio, cuando distinguió al fondo del salón, por encima de las cabezas de los asistentes que llenaban las mesas, a la chica de sus fantasías... No podía dar crédito a lo que veía: estaba hablando con el encargado de los camareros en el mostrador, se la notaba inquieta, nerviosa, aunque sin perder un ápice de la distinguida elegancia que envolvía su figura. Movi6 con destreza los dedos para acelerar el final de la melodía, debía de encontrarse con ella a toda costa... Ya rompían los aplausos cuando se incorporó con un breve saludo a la concurrencia y, rápido, se dirigió hacia Olivier, en la barra...

-...Acaba de salir, marchó...

El pianista disimuló el malestar, aunque no su interés:

-¿Qué quería?

-Trabajo, buscaba trabajo. Pero aquí hace tiempo que no necesitamos bailarinas, tal vez tú en tu número... -el encargado sonrió con franca malicia.

-Tampoco sería mala idea! Anda, pónme una copa de lo mío antes de empezar...

No fue el último daikiri de aquella noche, pero tenía sus manos tan templadas como las cuerdas de un violonchelo y, cuando puso fin a su actuación, aún le quedaron arrestos para aguardar un poco más a que llegara el alba y degustar el café que preparaban en el restaurante de la Plaza. Los domingos le gustaba desayunar allí, mientras contemplaba los preparativos del mercado que se celebraba en el Boulevard, durante el fin de semana. Esa mañana se aventuró entre los puestos, el tumulto de gentes no le vendría mal para tener la sensación de que al menos había aprovechado el día, antes de retirarse a la habitación de su hotel para descansar de todo el esfuerzo infrigido.

Andaba cansado después de toda una noche de trabajo, pero no tanto como para percibir visiones... Justo donde el mercado se bifurcaba en dos, ensanchándose para dar cabida a multitud de tenderetes cargados de bolsos, pañuelos, ropa y otros artículos de regalo, reconoció el porte inconfundible de su chica... La suerte estaba de su lado, no podía dejar

escapar esa oportunidad. Esta vez la siguió a media distancia, tenía que organizar un plan para abordarla, intentar contactar de alguna manera, hablar con ella sería un triunfo perfecto... Se preocupó de que ella no le encontrase la mirada cada vez que giraba en derredor, disimulaba entre diversos puestos para evitar posibles sospechas, hasta que la vio abandonar el mercado por una de las transversales. Fue detrás de ella acortando la distancia y, casi hombro con hombro, le dirigió la palabra en un chapurreado francés...

-¡Pardon, madmoiselle!

Ella se volvió con suavidad, amable, sin mostrar titubeo.

-La ví la otra noche en el Boulevard, trabajo en el Piano Bar...

-¿Entonces el encargado le dió mi recado? ¿va usted a contratarme...?

-ella respondió ágil, al tiempo que se detenía para conversar con interés.

-Bueno, veré, yo...

-Le advierto que no encontrará a otra danzante igual, no se arrepentirá: nadie hará lo que yo hago, ¿señor...?

-...Sí, sí, Renato, puede llamarme Renato, por favor...

Era más bella aún en la realidad, sus facciones helénicas, marcadas y dulces, creaban un aura de exotismo que adornaba en cada uno de sus gestos, armónicos, leves y ligeros, transformándola en una diosa. También le llamó la atención su olor, aquella mezcla que se desprendía de entre sus ropajes y que no era sólo el resultado de un perfume, sino la fragancia natural que emanaba intrínseca del cuerpo de diosa que en tantas ocasiones él había contemplado en silencio...

-Le puedo asegurar, señor Renato, que sé hacer muchas otras artes además de danzar...

Siguieron avanzando juntos calle adelante, luego cruzaron a la otra acera. Él se esforzó porque el hilo de la conversación no perdiese el inusitado interés que ella le había otorgado de forma tan espontánea...

-La verdad es que puedo hacer que... Puedo hablar para tratar de que ese espectáculo salga adelante. No le puedo prometer nada, aunque... me gustaría saber lo que realmente usted hace, señora...

Ella se detuvo en seco, le tocó el antebrazo con su mano ensortijada de dorado color, antes de pronunciar su nombre: ¡Dafne!

Debió de notar el extraño gesto de asombro del músico y, con una gran sonrisa de dientes blanquecinos, le musitó acercando el rostro al de él:

-...Dafne, para usted...

-Bello nombre, Dafne, bello...

-Soy una mujer comprometida, oiga, pero puedo y sé hacer otras cosas... No va a encontrar a nadie que haga algo igual, señor Renato...

Ya se habían adentrado en la rue du Chemin vert, cuando ella se detuvo en un portal e hizo ademán de entrar, como si hubiera llegado a su domicilio. Renato sabía que estaba actuando, que no vivía en aquel lugar, pero le siguió la corriente...

-Bueno, Dafne, después de que hable para tratar su caso me gustaría volver a verla, entonces...

Ella empujó la puerta, que estaba abierta y le guió tras el amplio vestíbulo que conducía a un enorme patio interior. Renato la siguió como un colegial amaestrado, sorprendido ante el conocimiento que la mujer tenía de aquel lugar, hasta la parte trasera donde el hueco de la escalera permitía un recogido habitáculo lo suficiente ancho para dos personas. Allí, posó el pequeño bolso de mano en el suelo y se acercó hasta pegar su cuerpo al de él...

-Soy una mujer comprometida, pero se lo agradeceré, puedo y sé hacer...

Era una mujer muy alta, sus ojos alcanzaban casi la altura de los de Renato. Él sintió como todo su cálido aliento le despertaba el deseo y, sin encontrar oposición, le rodeó el talle con los brazos, podía sentir el palpar de sus pechos bajo la blusa que ella misma se desabrochó con fina destreza; luego la besó despacio...

Se prometió a sí mismo que no sería aquella vez la última. A pesar de que había descubierto su juego no podía desvelar el suyo, había de seguir disimulando, dejándole a ella la batuta para que apareciese a su antojo, aprovechando cuando ella decidiese el momento de la entrega. Las palabras de Dafne aún resonaban en sus oídos, al despedirse e intentar cerrar la próxima cita...

-Eres un sentimental, demasiado... Hay que ser profesional.

No volvieron a verse más en aquella temporada, pero Renato sabía que ella reaparecería como las diosas, de repente, sin brusquedad, en la próxima temporada.

Sin embargo, de regreso a Barcelona, poco imaginó Renato que sus planes se irían al traste de igual forma que se fue la agencia de contratación que requirió sus servicios como músico en París. El director de la agencia se jubiló por enfermedad y la empresa se declaró en quiebra; ni siquiera sus hijos y cuñados le supieron dar continuidad, más preocupados por la batalla legal de la suculenta herencia. De la mano de aquella compañía italiana se había atrevido a dar el salto y marchar de su Turín natal para abrirse futuro en la vanguardia musical

de una Europa que aún creía en la utopía del arte, al menos ese fue su impulso inicial. Ahora, sin embargo, la realidad mostraba el lado amargo del hambre y la miseria que dificultaban el latir espontáneo de la sensibilidad artística. Los ahorros obtenidos de los conciertos de París apenas bastaron para subsistir durante unas breves semanas; luego tuvo que establecer obligadas prioridades. Abandonó el piso de alquiler por una habitación en la zona centro, cercano a las transversales de las Ramblas, de precio más acorde a su incierto mañana.

En cuanto dejó a deber dos mensualidades seguidas fue el propio casero quien le sugirió una posible alternativa para paliar convertirse en un moroso empedernido. Se le encontró una tarde en el rellano de la escalera cuando regresaba a la habitación: como si hubiera estado aguardando su llegada, nada más verle, mientras pelaba una manzana con un afilado cuchillo de cocina, enseguida apostilló...

-¿Tú conoces París, no? Te lo he oído decir alguna vez...

-...Sí, claro que sí, lo conozco.

-En ese caso hay arreglo, amigo, sólo tienes que preguntar por monsieur Argos... Dos días te serán suficientes... -el casero se incorporó ocultando una media sonrisa de soslayo- Me caes bien, pero no puedo consentirte la tercera falta... Pregunta por monsieur Argos de La Maison Carrée, en París, no lo olvides...

El casero desapareció escaleras arriba. Cuando entró en su habitación escuchó de nuevo los pasos precipitados del casero hacia abajo. Instintivamente recogió una de las botas de montaña y se sentó a los pies de la cama; intentaba aclarar sus pensamientos ahora que el hambre aún le permitía tregua, mientras extraía un manojo de billetes envueltos en un plástico del doble forro del tacón... No iba a poder alargar aquella situación mucho tiempo más. Contó los billetes una y otra vez, tenía lo suficiente para ir y volver de París, no había otra salida para aquella muerte lenta...

Cuando llegó al aeropuerto de Orly indicó al taxista que le llevara directo a La Maison Carrée con intención de situarse lo antes posible; el tiempo apremiaba, así que no podía malgastarlo. Se trataba de un selecto club de alterne con espectáculos en vivo. Comprobó que no andaba demasiado lejos de su antiguo hotel, apenas seis o siete paradas de metro; se apeó del taxi y continuó a pie hasta la primera boca de metro, aún era pronto para que abrieran los locales nocturnos, por lo que se dirigió a descansar, más tarde era probable que lo agradecería. Se pidió la misma habitación de siempre en la planta séptima. Sin

conciertos ni contratos que cumplir se le hacía raro estar paseando en solitario por París, incluso aquella habitación ahora se le antojaba más vacía y triste que en ocasiones precedentes. Se asomó al ventanal con cierta precaución, aunque todavía era pronto para que su atractiva vecina hiciese acto de aparición; ansiaba ese momento, a pesar de que esta vez no podría estar allí aguardándola debido a los imperativos de su nueva y urgente misión. Apenas dio una ligera cabezada antes de ducharse para salir de nuevo hacia La Maison Carrée.

Las calles bullían de gentes, podía notarse su concurrida afluencia en el metro, tardó más de lo previsto hasta llegar al Club, que ya lucía sus puertas entrabiertas y dejaba salir los sonidos de una música ambiental excesivamente alta. El matón que velaba la entrada ni inmutó su hierático gesto cuando Renato traspasó el umbral de los grandes cortinones granates. Dentro imperaba un animado bullicio entre las luces tenues de las mesas, previo al comienzo de la sesión; leyó en uno de los pasquines: “Misterio y exotismo de las Danzas orientales, única función”. Una de las camareras se le acercó sosteniendo en una de sus manos la bandeja repleta de vasos, a punto de rebosar:

-¿Deseas algo, cielo, dime...?

Su mirada tornó en mueca cuando le preguntó por el señor Argos y, sin pestañear, desapareció por la oscuridad del pasillo, rígida, como si hubiera encajado algún golpe invisible... No tardó en verla regresar de nuevo sin la bandeja, acompañada esta vez de un elegante muchacho de rasgos orientales, trajeado como un diplomático occidental, aunque con un aire más moderno y desenfadado que el de los encorsetados políticos de turno. La chica hizo un gesto con la cabeza hacia él, señalándole, luego desvió sus pasos hacia las mesas; ya se respiraba el inmediato comienzo de la función y la música ambiente bajó despacio el volumen. El joven chino se aproximó hacia él hasta que pudo distinguir las facciones rasgadas de su rostro, al tiempo que hacía gala de un perfecto acento del idioma...

-¿Ha preguntado usted por monsieur Argos?

-Sí, así es, he de hablar con monsieur Argos...

-Entonces sígame, por aquí... -el chino le llevó de una sala a otra, sorteando mesas y pasillos. Renato se apercibió de que aquel local se componía de varias salas destinadas a diferentes actuaciones, pero todas a su vez orientadas hacia la pista principal donde el espectáculo estaba a punto de iniciarse. Las luces se apagaron justo cuando el muchacho le invitó a tomar asiento en una de las mesas que en un principio supuso más apartadas, pero que al encenderse los focos del

escenario enseguida comprobó que pertenecía a una especie de palco privado que presidía el salón- ...Aguarde un momento, por favor...

El elegante muchacho no tardó en volver junto a un corpulento gigante calvo, entero vestido de negro, sin duda se trataba del misterioso señor Argos en persona; pronto resolvería el enigma que tantas cábalas le venía obligando a realizar desde que decidió emprender aquel viaje de locos hacia una aventura de resolución desconocida. Se sentaron ambos, uno a cada lado. Renato hizo ademán de tender la mano al señor Argos, pero el chino le recriminó el saludo con un susurro cercano en su oreja izquierda...

-Monsieur Argos no habla con nadie. Debe usted estar atento, amigo...

La música expandía en la sala sus tonos de sugerente colorido, mientras un halo de humo artificial recreaba una atmósfera irreal de la que surgían las figuras de dos bailarinas contorsionando sus cuerpos cubiertos de velos transparentes. Renato observó con disimulo el cercano perfil del señor Argos que, inmutable, contemplaba la función, ajeno incluso a su presencia. Su calva brillaba en la oscuridad y, por detrás del cogote, en la terminación con el cuello se amontonaban unas protubernacias de carne a modo de michelines que a Renato le semejaron excedentes de sebo cerebral... Habría sonreído por la ocurrencia sino fuera por el gesto continuado de atención que el tal Argos imprimía a su rostro, con un grado exacerbado de autocontrol que daba la impresión de no existir nada en el mundo capaz de poder asombrarle. Ni siquiera se dió cuenta del estremecimiento que a Renato le recorrió de arriba a bajo cuando volvió la vista al escenario y contempló el sinuoso movimiento de las bailarinas... ¡Una de ellas no era otra sino su bella vecina de ensueño! Se preguntó si ella también le habría reconocido o tal vez ni siquiera ya se acordaba de él... La danzante -como a ella misma le oyó expresarse- por fin había encontrado un lugar de trabajo donde desarrollar su arte.

Fue un codazo del chino en su costado izquierdo lo que le sacó del ensimismamiento.

-...Coja eso, cójalo!

Ahora cayó en la cuenta de que el enorme calvo había dejado resbalar algo debajo de su mantel, era un sobre abultado. Lo abrió debajo de la mesa, palpó los billetes, eran muchos...

-No preguntar... -apostilló el chino, adivinando la intención de su impulso- Argos no habla, nadie conoce a Argos. Quien pronuncia su nombre debe cumplir y obedecer, no preguntar...

Por primera vez Renato le encontró un defecto de pronunciación al oriental, tuvo la sensación de que aquellas palabras representaban las fases de un ritual que a partir de ese instante impedían cualquier tentativa de retroceso. Unos sudores fríos se posaron sobre sus hombros, sus piernas flaquearon por un momento, a pesar de estar sentado y, por su espalda, se deslizó un escalofrío que le obligó a ponerse en alerta.

Las bailarinas se contorneaban arrastras por el suelo, girando los velos de colores en círculos y en espiral, alternándose, al ritmo de la música que ahora se tornaba tradicional, de reminiscencias folclóricas y que, en un cambio de iluminación, cobraba nueva dimensión con un estilo diferente al que ya no pudo prestar la debida atención más preocupado por el siguiente gesto del grandullón que se sentaba a su derecha. Esta vez percibió con claridad el objeto que el señor Argos ocultó bajo su mantel, aunque hubiera preferido no haberlo distinguido si se trataba de lo que estaba temiendo... Otra vez el chino elegante le hincó el codo instándole a recogerlo. En efecto, se trataba de un revólver con silenciador incorporado... Ya iba disipando a grandes pasos sus dudas sobre la manera de resolver aquel problema que le embargaba el ánimo y que, ahora a la vista del calibre que tomaban los acontecimientos, aún le parecía de consecuencias más catastróficas.

Se giró inquisitivo hacia el gigante calvo, le habría gritado su descontento con agresividad, volcando su enfado descomunal; le habría golpeado su nariz chata, sebosa y brillante, hasta hacerle soltar una palabra, al menos una sola; quería escuchar un suspiro, una exclamación, algo que le aclarase, que le hiciera sentirse humano... Pero el endemoniado chino le incordiaaba a la perfección en su papel de intermediario final.

Las chicas danzantes ya se despedían alejándose por la pasarela entre el espeso humo de colores que de nuevo volvía a extenderse sobre el escenario y la música alcanzaba un clímax ensordecedor. Renato no podía atender, había perdido de vista a Dafne y multitud de interrogantes se le agolpaban ahora en forma de entumecimiento y sudor, incapaz de centrarse sobre una sola de las conjeturas que se le avecinaban. Esta vez el chino chocó brusco su pierna contra su muslo izquierdo... Le tendía otro sobre por debajo de la mesa que Renato estropeó al intentar abrirlo: fotos, eran dos fotos. Las dos del mismo tamaño; una de cuerpo entero, de un hombre trajeado con maletín a la puerta de unas escalinatas; y la otra de medio cuerpo, donde podía distinguirse la fisonomía de su rostro sin posibilidad de error. Detrás

de la primera fotografía pudo leer un lugar y una hora... Tenía que ser mañana, no había elección.

El señor Argos se levantó no sin cierta dificultad, firme, pero pesado, sin haberle dirigido una mirada siquiera una sola vez durante aquella incómoda velada, para desaparecer tras las cortinas oscuras de uno de los pasillos laterales. Al muchacho chino le tenía enfrente, de pie, al otro extremo de la mesa, amachambrando la lección para asegurarse de que quedaba bien aprendida:

-No preguntar. Nadie conoce su nombre, nadie pronuncia...

Renato supo que para él la función había acabado, recogió sus nuevas pertenencias y salió sin prisa, intentando asumir en cada paso el cariz de las nuevas responsabilidades recién adquiridas; sabía que no podía fallar, que sería lo último... O mañana o el final, no quedaba más tiempo.

Apenas pudo conciliar el sueño aquella noche. Hasta que a la mañana siguiente no dió con el lugar de la foto no encontró el resto de sosiego que aún no le había robado el cansancio; luego almorzó algo ligero en uno de los restaurantes del otro lado del puente. Mientras tanto, estudió la zona una y otra vez, repasando en su mapa mental cada uno de los detalles del plan de acuerdo a un análisis concienzudo y riguroso, de profesional; luchó consigo mismo a fin de apagar todo atisbo de duda o inseguridad, no podía permitirse vacilar ni temblar, le iba la vida en ello... Recordó las palabras de Dafne:

-Sí, profesional... -se repitió a sí mismo.

Aguardó las horas restantes junto al aparcamiento de bicicletas, al comienzo de la plaza, antes de las escalinatas que conducían al barrio latino. Desde allí, apoyado en la barandilla, disponía de una panorámica idónea para ver llegar a su objetivo. No fue hasta pasadas las nueve de la noche cuando le distinguió desde lejos; no llevaba maletín sino un bolso de mano, pero no cabía duda de que se trataba del mismo hombre de la fotografía. Salió del edificio anexo al banco, de las oficinas probablemente, pero eso a él le traía sin cuidado. Avanzaba a paso lento por el puente, despreocupado, tal vez deseoso de estar entre los suyos una vez finalizada la jornada... Renato sujetó la pistola debajo del abrigo con un gesto mecánico de sus dedos que de no acabar pronto se convertiría en tic nervioso; quería alejar de su pensamiento toda sensación, no pensar, no preguntar, sólo actuar, sólo profesional... Visualizó la foto, en un intento vano de acallar pensamientos o sentimientos, ya no sabía distinguir. El hombre había cruzado el puente y ya rebasaba la hilera de bicicletas aparcadas. Al

pasar frente a las escalinatas se detuvo como si buscara algo en los bolsillos de la gabardina y, de pronto, se desvió para seguir el borde del río, iba hacia él... Aquello no entraba dentro de lo previsto, no disponía de más tiempo, así que cuando el hombre pasó a su lado, sin prestarle atención, Renato aguardó unos segundos más antes de ir tras él. Se ayudó de las dos manos para sujetar mejor el arma... Al llegar a su altura el hombre se giró con un movimiento leve de cabeza y Renato aprovechó para descargarle cuatro tiros seguidos en el pecho. El hombre se dobló y cayó al suelo hecho un ovillo junto a la baranda del puente. Renato empujó el cuerpo con los pies hasta que oyó el impacto con las aguas oscuras del río; luego, se alejó a paso apresurado hacia las calles del centro.

Deambuló durante horas como un vagabundo en la noche, excitado y nervioso, sin dirección fija. Tiró la pistola, caliente todavía, en un contenedor de vidrio y rompió las fotos en pedazos para luego ir despojándose de sus trozos a medida que caminaba. Sus pasos cansados le condujeron hasta el boulevard, enseguida reconoció la avenida; no sabía por qué motivo había enfilado la calle por la acera contraria a su hotel, pero tampoco se extrañó de hallarse frente al portal de su exótica bailarina. Se detuvo allí sin saber con certeza lo que hacía, aunque en el fondo era el primero en presentir la intención de sus deseos más ocultos; sólo que no tenía dominio sobre ellos, algo había cambiado en él desde que apretó el gatillo, sus actos parecían no pertenecerle... Necesitaba desahogar aquella sensación que le enajenaba, deseaba estar con Dafne, volver con ella... Se sintió tentado de tocar el timbre, le urgía oír su voz, pero se contuvo, aguardó inmóvil junto al portal, hasta que un vecino salió seguido de un perro caniche, lo que aprovechó para acceder adentro. Nunca antes había estado allí aunque le orientaba la noción de que eran dos alturas menos que las de su hotel; subió despacio las escaleras, agarrado al posamanos, preocupado porque el crujir de la madera vieja no rechinara en exceso. Cuando llegó al último piso se encontró solamente una puerta, eso le ayudó a despejar cualquier duda, no podía equivocarse: era allí... Por unos instantes se entregó a imaginar su reacción, sin duda ella se sorprendería, le invitaría a entrar y, si ella vacilara o se mostrara reaccia, él insistiría, requería tanto de sus atenciones...

Se acercó a la puerta para llamar cuando un ruido estruendoso le dejó paralizado, con los nudillos a medio camino: aquello era un disparo... Luego se oyeron pasos rápidos al otro lado y, de repente, la

puerta se abrió de golpe. Dafne salió en ropa interior con un arma en la mano, al verle lanzó un chillido agudo y, asustada, brincó escaleras abajo. Renato pudo distinguir al fondo del pasillo el cuerpo del joven chino tumbado en el suelo, con un reguero de sangre sobre la camisa blanca. Abajo sonaron abrir y cerrar de puertas. Renato retrocedió, sin reaccionar aún ante la sorpresa, se tropezó al tratar de girar para bajar por la escalera, soltó el posamanos y aceleró los pasos cuando se topó con un vecino que había salido al rellano del piso inferior al oír el estruendo. Descendió deprisa los escalones y salió corriendo del portal al tiempo que otro hombre de sombrero bajo casi choca contra él cuando se disponía a entrar. Escuchó gritos detrás, mientras corría como un desesperado en pos de Dafne; la muchacha también corría semidesnuda al final de la calle, pudo ver cómo se introducía en el interior de un automóvil.

No fueron sus fatigadas piernas las que fallaron, sino aquel bulto que surgió de repente de la esquina e interceptó el ritmo endiablado de la carrera, casi frente al vehículo. Renato rodó por los suelos como un títere sin equilibrio, hasta golpearse el rostro con el duro asfalto de la calle; luego, le cayó encima el peso del fornido policía que, sujetándole los brazos atrás, intentaba esposarle, mientras otro agente, a juzgar por la posición de sus gastados zapatos, le apuntaba con un arma. Con una rodilla clavada en la espalda le retorció las manos, le hacía daño, debía haberse roto algunos dedos, no los notaba. Al poco llegaron más policías, desde el suelo distinguió al hombre del sombrero con quien estuvo a punto de chocar... El inspector se arrodilló junto a él, le alzó de la cabellera y, al tiempo que le escrutaba, se dirigió a los demás en un tono ronco de aguardiente:

-Os lo dije, siempre terminan por regresar al lugar... ¿Estás bien, niña?

-Sí, gracias, inspector... -contestó tras la ventanilla del coche una bella Dafne en paños menores, aún jadeante por la huída.

Renato entornó los ojos en un gesto dolorido hacia quien le atenazaba los cabellos. Dafne continuó el relato pormenorizado de los hechos, ahora arropada por la compañía de sus compañeros...

...El chino intentó propasarse, se puso violento. En el forcejeo descubrió la pistola y la placa. No tuve otro remedio, si no disparo me habría roto el cuello... A él le conozco, estuvo esta tarde en el local con el chino, hubo intercambio, pero no sé muy bien qué pinta dentro de la trama, señor...

El inspector cerró tajante aquella improvisada intervención:

-Llévensele a la Jefatura, a ver qué le sacan. Y tú véte a descansar, niña, te hará falta.

-Sí, señor, queda mucho que limpiar, demasiados aficionados...

A Renato le fue imposible escuchar el último comentario de su adorada Dafne, le conducían a empujones hacia el vehículo policial. De un local cercano salían las notas inconfundibles de “Insensatez”, al instante percibió que la melodía desafinaba en uno de sus acordes e hizo intención de girarse hacia atrás para atender mejor. A él no podría ocurrirle eso, era... un profesional. La música siguió sonando mientras se alejaba, desafinada...

PERO NO MATARÁS

Hacía rato que se habían acabado las gasas, la enfermera le enjugó el sudor de la frente con un pañuelo de papel usado. El médico manipuló el costado del hombre y pidió más sutura...

-...La última caja, doctor. –apuntó la enfermera.

Cuando acabó la intervención se volvió hacia ella con tono de eficiencia:

-Vigila el drenaje y cámbiale el suero...

Apenas acabó de pronunciar estas palabras cuando un disparo certero hizo añicos el espejo colgado junto al gran ventanal, que también terminó por venirse abajo del todo en mil pedazos. La enfermera corrió de un salto tratando de salvar las dos botellas de suero que reposaban en la vitrina debajo del espejo, pero llegó demasiado tarde. El médico gritó tajante mientras se agachaba:

-¡Al suelo, no os mováis!

Una nueva racha de disparos se sucedió, esta vez más continuados. Llevaban cinco largos días sometidos al tortuoso asedio de un francotirador que, sin ningún escrúpulo, mantenía a raya los restos de aquel gabinete médico que fue incapaz de seguir a la población en su huida desesperada ante los tanques invasores. Las tropas enemigas no tardarían en llegar con su demoledor rastro de destrucción y, mientras, el francotirador constituía la avanzadilla que aseguraba el camino abierto con su tarea de limpieza mortal.

El doctor había conocido otras guerras, pero no establecía distinciones entre ellas; para él todas eran iguales, una oportunidad para demostrar que sólo triunfa la vida. El pasillo de aquel puesto abandonado era una muestra, plagado de enfermos y heridos que reclamaban la atención con sus lamentos. Sin embargo, nada se podía ya demostrar a los cuerpos de quienes no se quejaban, las balas se habían encargado de callarles para siempre.

El sacerdote del hospital se acercó hasta él a rastras y, desoyendo el gesto de detenerse, continuó aproximándose hasta la entrada de la puerta principal... El silbido de una bala asesina le advirtió de cuál era el límite. Afuera, al otro lado de la calle, una pareja de ancianos acompañada de dos niñas y de un joven muchacho se ocultaban de la

lluvia de disparos entre las columnas de los soportales a la espera del momento favorable para cruzar a salvo hasta el puesto médico.

-Esa pobre gente no puede salir de ahí... -exclamó con impotencia.

El médico ya los había observado antes a través del sucio y destrozado ventanal, pero bastante tenía con tratar de solventar las heridas de los que llegaban a sus manos con aquella escasez de medios. Sí, a veces creía que se trataba de algún milagro, pero no podía permitirse tregua alguna...

-Hay que seguir, tráigame al siguiente, señorita...

La enfermera gateó por el suelo y se incorporó, aprovechando el breve descanso que el francotirador les otorgaba. Regresó al poco con una camilla donde un soldado extendía su pierna engangrenada; antes había chillado de dolor y, aunque ahora desvanecido, la chica consideró apropiado dedicarle a él la última jeringa de anestesia disponible.

De pronto, el sacerdote lanzó un grito desgarrador llevándose las manos a la cabeza, todavía tumbado en el suelo. El joven del edificio cercano había intentado cruzar la calle cuando un proyectil le alcanzó de lleno... Los niños chillaban histéricos, abrazados a la anciana, mientras el anciano intentaba ocultarles la vista del desagradable aspecto del muchacho muerto, hecho un ovillo sobre el reguero de sangre que brotaba bajo sus pies.

-...¡Dios! ¡Nunca podrán pasar...! -se lamentó el sacerdote, al tiempo que retrocediendo, se dirigió a las escaleras del pasillo.

El doctor venía escuchando desde hacía rato los quejidos lastimeros de una mujer que se había puesto de parto. Iba a ocuparse del muchacho de la gangrena en la pierna, pero enseguida comprobó que sufría una hemorragia interna y cambió de planes...

-¡Traéme a esa mujer, rápido! -exigió con determinación- ...¿Y el sacerdote, dónde anda, le necesito aquí?...

-Lo ví en las escaleras que suben a la azotea... -acertó a explicar la enfermera reaccionando con rapidez. Acto seguido, la muchacha se concentró a fondo y consiguió calmar a la parturienta, le aseguraba que todo iba a salir bien, que ahora estaban con ella. La mujer siguió cada una de sus indicaciones al pie de la letra, aunque con el miedo clavado en el rostro mientras el doctor la exploraba. No pudo escuchar el resto de sus palabras porque otra repentina ráfaga de disparos se sucedió sin pausa, apretó los ojos y sólo se preocupó de respirar y empujar, respirar y empujar. Nadie podía oírse, el ruido de las balas se elevaba por encima de los gritos que provenían del pasillo y de la calle; uno de

los impactos perforó la cabecera metálica de la camilla, pero el médico no tembló al sostener al recién nacido en sus brazos... El niño lloraba con fuerza, con exagerado estruendo ahora que los disparos habían cesado.

El doctor se giró hacia la puerta cuando la pareja de ancianos cruzaba la entrada con las niñas y, entregando la criatura a su madre, se dirigió al sacerdote que, cabizbajo, descendía de la azotea por las escaleras. Cuando el sacerdote posó el fusil en un rincón lateral del pasillo le preguntó sin poder dar crédito a la escena...

-¿Pero, ...¿qué ha hecho?

-¡Que Dios me perdone! -suplicó el sacerdote con el gesto hundido... Pero no matarás...

El doctor comprendió que por fin aquel francotirador no volvería a molestarles, que podrían seguir trabajando por la vida y pasó su brazo sobre los hombros de aquel hombre abatido en un intento por contener el dolor de su contradicción. Todos escucharon el llanto del recién nacido que inundaba la sala, que se extendía por cada rincón de los pasillos de aquel puesto en ruinas y que recorría cada una de las esquinas de las calles de la población con su música de esperanza. Incluso, por un instante, a algunos les pareció reconocer la canción de la vida que había decidido volver. Por fin podían escuchar el latido de su música en los corazones.

NOCHE DE MAGIA

...Melchor señaló aún más hacia el norte.

-¡Ahí está!

Pero Baltasar le colocó los prismáticos al derechas.

-No, está ahí.

Gaspar carraspeó, conteniéndose la risa, al tiempo que las tres monturas encaminaban sus pasos duna abajo...

Mucho antes de atisbar la ciudad el ruido ya delató su presencia. Borearon la autopista para evitar que el tráfico, ahora fluído, asustara a los animales. Cuando entraron en la ciudad aún circulaba gente por las calles. Baltasar se acercó a Gaspar que se había quedado algo rezagado.

-No te preocupes, te he dicho mil veces que están acostumbrados...

Melchor aguardó a que ambos llegaran a su altura para hacerles partícipes del plan:

-Sería mejor ir pensando en dónde dejar los animales si queremos trabajar más cómodos, ¿qué os parece allí...?

Se trataba de una solitaria parada de autobús que aquella noche no se llenaría. Casi todos los servicios de aquella ciudad dejarían de funcionar sin tardar, abandonados al sueño de un nuevo día de ilusión.

Una vez libres de la montura cargaron los sacos a la espalda para adentrarse en el nudo de travesías que desembocaba en la plaza principal. A la vuelta de una esquina se toparon de frente con un grupo de niños que regresaban con sus padres de retirada a sus casas. Todos bromearon con ellos y contestaron a sus preguntas, entre risas nerviosas de algarabía. Todos, excepto aquel muchacho que, inmóvil y con la mirada fija, se mantenía distante...

-¿...Y tú? –le preguntó Baltasar, que se había percatado de su tensa actitud- ¿Tú no has pedido nada?

El muchacho contestó adusto, serio.

-Yo ya lo sé.

-¿...Cómo dices, hijo? ¿qué...?

-Ya soy mayor, a mí no me engañáis...

A Baltasar se le enfrió el gesto mientras contemplaba al chico alejarse hacia el jardín de la urbanización cercana; desde el otro lado de la verja aún les dirigió una última mirada desafiante, antes de entrar

corriendo en la casa. Melchor no perdió detalle del incidente y, solícito, acudió en apoyo de su colega...

-Anda, vamos, queda mucho por hacer...

-No me acostumbraré nunca... -A Baltasar le desconcertaba el desprecio de la humanidad hacia el tesoro de la niñez. Sabía que formaba parte del misterio, que los hombres acababan perdiendo el brillo inicial, adulterados por la desesperanza y el desamor, hasta terminar enfermos, avejentados de ilusiones, sin solución. En eso consistía su misión, en combatir la carencia con el regalo, apenas una minúscula muestra ante tanta necesidad. El mundo y la magia iban de la mano, nunca nada lo disolvería, pero en él recaía la responsabilidad de aquella semilla, apenas un intento en medio de tanto desatino.

Cuando logró alcanzar a sus compañeros estos ya habían vaciado considerablemente la carga de sus regalos, pero le esperaron para regresar juntos. Al pasar junto a la verja de la casa ajardinada, Melchor les conminó a seguir adelante solos...

-Seguid, no tardaré, enseguida os alcanzo...

Tras pasó la verja del jardín hasta el umbral donde momentos antes había desaparecido aquel muchacho rebelde y, sobre la repisa de la ventana, posó los prismáticos que le habían acompañado durante el viaje. Luego, regresó raudo hasta donde sus compañeros, que ya estaban listos sobre sus monturas. Los camellos resoplaron, parecían también impacientes por abandonar el asfalto.

-¿Y ahora? -le espetó Gaspar, con ironía- Tan amigo que parecías de las nuevas tecnologías...

-Era un último regalo, tal vez haya suerte...

-Tal vez... -apostilló Baltasar- ¡Para lo que servían!...

La risa contenida de Gaspar se les contagió a los tres que, entre sonoras carcajadas, reanudaron la marcha. La caravana de los tres viajeros se perdió tras la loma, al otro lado de la autovía, mientras la ciudad dormida, soñaba una nueva cosecha de estrellas...

LÁGRIMAS DE PAYASO

Recordaba como si como si fuera hoy el día en que aquel joven muchacho se acercó hasta su carronato para pedirle trabajo. En ese momento leía las últimas noticias sobre el atraco perpetrado al Banco Nacional por el desaparecido payaso del circo. La tarde anterior había estado respondiendo ante los agentes de policía, como propietario y responsable del personal de la empresa, sobre los posibles antecedentes del recién detenido; y ahora, sin apartar la vista del periódico, con las piernas extendidas sobre la otra silla, escucha al muchacho que proseguía con su presentación...

-Me he enterado de que necesitan payasos y...

-...¡Pero tú eres de aquí, hijo! –le interrumpió-, no tendrás problemas en encontrar otro trabajo en la ciudad.

El muchacho volvió al principio de su discurso, arguía los inconvenientes de los jóvenes de su tiempo y que, contrario a lo que pudiera parecer, las oportunidades laborales escaseaban en los últimos años ante la avalancha de inmigrantes que asolaba el país. Era entre los lugareños donde la competencia se tornaba cruel, sin escrúpulos por avasallar al compañero con tal de permanecer u ocupar su puesto. Además, los trabajos que los inmigrantes hacían suyos eran los que nadie quería y desechaban, tal vez equivocados por la mala costumbre de menospreciar labores útiles, pero de débil apariencia. Siempre le había atraído el mundo de la farándula; desde crío ya contaba historias a sus amigos, logrando erigirse en centro de atención y, tal vez ahora, que los problemas de su empleo le acuciaban era el momento ideal para dar el salto a otro campo nuevo, más artístico, la oportunidad de convertir un sueño en realidad.

-Bueno, ¿qué sabes hacer?

-Cuento chistes, historias, también canto algo... Y puedo aprender dos o tres juegos de prestidigitación...

El capataz dobló el periódico al tiempo que se incorporaba...

-Vénte mañana a las diez, haremos una prueba...

El chico lo agradeció con un gesto espontáneo incapaz de disimular su alegría.

-...¿Puedo echar un vistazo? –preguntó al capataz, señalando el grupo de carronatos que descansaban diseminados alrededor de la carpa.

-Está bien, ve familiarizándote –replicó el capataz-, pero no te acerques demasiado a las jaulas...

Al día siguiente llegó antes de la hora convenida, tuvo tiempo de asistir al ensayo de la domadora, una musculosa pelirroja que chasqueaba la voz con idéntico tono que el látigo. Cuando no acallaba así el rugido de aquel grupo de cinco tigres lo lograba con algún juramento inapropiado. El patrón se retrasaba a la cita y el trapequista se bamboleaba de un lado a otro del techo de lona, sin hacer nada de especial. Ya cerca del mediodía apareció a grandes zancadas el capataz con la casaca roja a medio abrochar.

-...Disculpa el imprevisto, chico, la policía otra vez requería de mis declaraciones. Vamos allá... -señaló el lateral de la pista que había quedado libre al recoger la verja protectora de las fieras- No me dijiste cómo te llamas...

-Sí, Elmer.

-Te escucho entonces, Elmer...

Un fuerte olor a excremento de animal impregnaba el circo, pero Elmer tomó aire e hizo acopio de fuerzas al salir al centro de la pista. Sentado en la primera hilera de asientos el capataz observaba atento la improvisada función del aspirante a payaso así como la evolución de sus movimientos, tímidos, pero válidos con una serie de aleccionadores consejos de profesional. Al poco se sentó a su lado el veterano trapequista con quien no tardó en intercambiar opiniones. La primera de las historias que el chico contó brilló por su monotonía, pero los dos poemas siguientes resultaban ocurrentes, graciosos, con posibilidades si se cambiaba alguna orientación; por su parte, los trucos de magia eran simples, dirigidos a un público infantil, demasiado tal vez, aunque combinables a la perfección con algún otro chiste que eligió para la situación.

Capataz y trapequista cruzaron sus miradas...

-La verdad es que no hay mucho donde elegir... -sentenció el patrón.

-Tiene buenos brazos. Haría mejor papel arriba en el trapecio, hace tiempo que necesito a alguien más para un número espectacular... -arguyó el trapequista

-...Lo primero es lo primero, Stefanos, por partes...

Ambos hombres se aproximaron hasta la pista. El rostro expectante del muchacho reflejaba la tensa ansiedad del veredicto definitivo...

-Nada que no se pueda mejorar con la práctica. A partir de ahora trabaja con el señor Stefanos las dudas y los cambios que insertar al

número... Esta tarde la primera función es a las seis, ¿te atreves entonces?

-¡Claro, por supuesto que sí! ¡Gracias, señor, muchas gracias!

-...¡Ah, se me olvidaba! Tu carromato está en la segunda hilera, saliendo a la derecha, necesitará un arreglo, claro...

Fue una función de tantas, pero para Elmer aquella tarde fue la de su triunfo particular. El éxito consistía en haber llegado a trabajar allí, ahora por fin era payaso de circo. Durante la primera semana trabajó duro, aquella mezcla entre inexperiencia e ilusión dejaba notar sus primeros frutos; con la ayuda del señor Stefanos mejoró ciertos vicios, aprendió trucos que proporcionaban agilidad a las letras o comicidad a los gestos y caídas. Elmer estaba encantado y dejaba transmitir su entusiasmo en la colaboración con el resto de colegas circenses, echando una mano donde las tareas así lo requerían. Tuvo que poner en orden su carromato, sobre todo, colocar sus modestas pertenencias y desalojar los restos del anterior propietario. La señora Matilda, la domadora, le enseñó cómo ventilarlo y algunas normas higiénicas imprescindibles que cumplir a diario para mantener aquello lo más parecido posible a un hogar. Era una mujer fuerte, aunque el tiempo ya dejaba huellas que la rudeza de su trabajo contribuía a acumular. Su pelo rubio, desteñido de tantos colorantes, se ocultaba bajo un chillón color pelirrojo. Elmer trató de corresponder y le ayudó a dar de comer a los animales, pero Tilda, la experta domadora, sólo le dejó que llevara los contenedores de comida hasta las jaulas, no quería arriesgarse a tener problemas, los tigres eran asunto sólo de ella, según le explicó.

-¡Estos calderos pesan una tonelada por lo menos! –resopló Elmer tras el esfuerzo.

-Cada tigre ha de comer ocho kilos de carne cada día –replicó Tilda-, eso también forma parte del trabajo, chico...

-Pero esta es una labor muy... -Elmer buscó la palabra-, muy dura para una mujer.

La domadora agradeció el cumplido, pero le confesó que la vida no había sido fácil con ella desde que el padre de Chris, su hija, les abandonó. La chiquilla apenas tenía unos meses, había nacido con algún problema congénito y el domador ruso, su padre, desapareció un día sin más. Elmer ya se había fijado en el rostro arrubiado de la muchacha que asomaba tras el ventanal trasero del carromato...

-¿Qué tiene...?

-Nadie lo sabe, chico...

-¿Nunca la llevaron a un médico?

-Al principio, de cría. Pero, muchacho, ¿tú crees que podemos permitirnos guardar un tratamiento de esos tan caro? Si ella no espabila no hay nada que hacer...

Elmer se quedó pensativo, pero volvió a la carga movido por la curiosidad:

-¿Nunca sale?

-Le molesta la luz... -Tilda cambió rápida de conversación- ¡Anda a echarle una mano a Stefanos, estuvo preguntando por ti!

El carromato de Elmer estaba justo detrás del suyo. Mientras descendía los peldaños distinguió a la chica que le observaba tras el cristal. Elmer se colocó la nariz postiza de payaso y le dirigió una repentina mueca graciosa. Aunque la chica no rió ni se ocultó, a Elmer le bastó con el leve temblor que notó en sus labios...

-...Al menos no está todo perdido. -se dijo.

Atardecía cuando Elmer distinguió luz tras la cortina del carromato del trapecista. Le resultó chocante cuando Stefanos abrió la puerta en albornoz, acostumbrado a verle de continuo en camiseta de tirantes, con la piel desnuda de sus bíceps siempre al aire.

-¡Ah,sí! Pregunté por ti, verás... -el trapecista reaccionó enseguida- ¿Tú conoces la ciudad, verdad? Necesito que hagas un recado...

-Pues usted dirá.

-Has de ir al ayuntamiento. Necesitamos renovar el permiso para que el circo permanezca otro mes más aquí, solamente tienes que entregar la documentación y traer el comprobante sellado... ¿Sabrás?

-Si es eso, pues claro.

Elmer siguió al señor Stefanos que descendió del carromato y, en zapatillas, se dirigió al carromato del capataz, contiguo al suyo; llamó con los nudillos a la puerta, pero nadie contestó. Entonces se agachó y del borde interior del tercer escalón extrajo una pequeña llave con la que abrió el carromato. Elmer esperó afuera, aunque le escuchaba rebuscar entre los enseres del minúsculo despacho.

-Aquí lo tienes, chico -Stefano le tendió el sobre con los documentos-. Mañana en la mañana sería un momento oportuno, no olvides que te sellen el comprobante, ¿entendiste?

-Bien, entendí. -Elmer se retiró a dormir, mientras el trapecista depositaba la llave en el mismo lugar donde la recogió- ¡Hasta mañana, señor Stefanos!

-Hasta mañana, chico...

El trapecista contempló la silueta de Elmer desaparecer entre las sombras de los carromatos mientras la noche se cernía sobre la carpa, ahora silenciosa. Aquel muchacho había conseguido traerle el recuerdo de los comienzos, cuando la aventura del circo hervía en la sangre; le había hecho recuperar una antigua llamada después de tantos años, incluso ahora que ya las fuerzas mermaban y que la necesidad del jornal ocultaba la ilusión que una vez brilló. También lo había notado entre los espectadores; su actuación dejaba que desear en cuanto al clásico humor de los payasos, pero cuando el chico contaba sus historias algunas personas, sobre todo los adultos, dejaban caer una lágrima que enseguida escondían con el pañuelo o la palma de la mano; luego, recomponían el rostro cuando los niños reían las gracias tópicas del payaso. Pero era con los juegos de prestidigitación donde Elmer conseguía durante unos instantes aunar a su público ante el misterio y la confusión; no eran trucos sorprendentes ni llamativos sino desconcertantes. Nunca lograba regresar lo que hacía desaparecer; o simulaba que se equivocaba y volvía a empezar con otro juego distinto que también acababa de forma improvisada, sin final. Fue a sugerencia de Stefanos que el payaso Elmer llevase una lágrima azul pintada en el pómulo precisamente tras observar esta característica peculiar; era también un modo de disfrazar los defectos o de asimilar las ventajas de la propia habilidad. Al patrón le pareció también una buena idea, en su presentación anunciaba la entrada en escena del payaso con el mismo rimbombante título que figuraba en los carteles y la publicidad del circo: ¡Elmer, el payaso triste!

Hasta la misma Chris acusó la magia de esa extraña sensación que embargaba los ánimos de la gente cada vez que el foco central iluminaba la pista y la orquesta, entre redobles de tambor, anunciaba el comienzo del espectáculo. Su madre se había fijado que la chica estaba pendiente de los movimientos del muchacho, de sus idas y venidas; incluso se animaba a salir hasta el porche cuando Elmer se acercaba para ayudar a su madre en alguna de las faenas. Tampoco le pasó desapercibida la expresión del rostro de su hija, ahora no tan apagada y desinteresada, sino curiosa, abierta a la novedad. La domadora quiso probar suerte, le propuso al chico que le contara alguna de aquellas historias que utilizaba en su número y, después de algunos intentos, comprobó con sorpresa que el milagro se obraba despacio, pero efectivo. Algunas tardes les dejaba a solas para no interferir en el avance y contribuir así a que su hija rompiera aquella tremenda cerrazón que hasta entonces le esclavizaba. Ahora Chris no se limitaba

a las respuestas escuetas con que solía contestar a su madre, hablaba, mostraba interés, otra disposición de ánimo que a Tilda le hacía albergar esperanzas. La domadora no se pudo creer que su hija le estuviese pidiendo aquello, asistir a la función principal, la del sábado por la tarde; y accedió, asombrada, ninguna de las dos iba a perderse la actuación de aquel chico.

Aquel sábado el aforo estaba completo, el reclamo había surtido efecto y el patrón no cabía en sí de satisfacción al traducirlo en beneficios para el circo; se le notaba en la voz, ampulosa y henchida, cuando se aprestó a presentar la entrada de Elmer, el Payaso triste...

-...¡Llegó el momento de la risa! Con ustedes... ¡Elmer! ¡El Payaso que llora y hace llorar!

El público, expectante, rompió en aplausos y los estridentes chillidos de los niños caldearon el ambiente bajo la carpa. Los focos se concentraron en la pista central y el tono de los gritos se intensificó cuando distinguieron la figura del payaso que surgía, cabizbajo, lento, de la penumbra del circo... Un silencio contenido acompañó sus primeros pasos; luego, risas fáciles de niños, sin más. Algunos cayeron en la cuenta de que aquel payaso no era Elmer, pero sólo unos pocos reconocieron en él al veterano trapecista disfrazado de payaso que le suplantaba.

A Tilda le cambió el gesto también cuando vio desaparecer el brillo de los ojos de Chris, sustituido ahora por una incontenible crisis de histeria. A duras penas le ayudaron para regresar al carronato, mientras su hija lloraba, entregada a un llanto que dificultaba entender sus palabras entrecortadas...

-Mamá, tenemos que hablar, mamá... -sollozaba Chris, desconsolada.

El capataz, serio, trató de mantener la compostura con un gesto distante, deseoso de que con aquel número acabara la función y poder así aclarar el confuso cariz de lo acontecido. Fue una actuación técnica, correcta, de manual de circo, aunque sin alma, pero suficiente para salvar el cartel de aquella tarde. Al finalizar, fue el propio Stefanos quien se acercó al patrón para darle cuenta de los hechos.

-Lo siento, patrón. El muchacho desapareció, había que seguir con el espectáculo, no quedó otro remedio...

El capataz iba a increparle con una caterva de preguntas que se agolpaban sin orden, sin saber por donde empezar, pero el trapecista no le dejó proseguir:

-Pero no es eso todo, patrón -Stefanos jadeaba ahora-. Elmer se ha llevado toda la recaudación, encontré su carromato abierto y el estante donde usted guarda la caja fuerte estaba vacío, todo revuelto...

-¿Pero cómo ha podido...?

-La culpa es mía, me vio esconder ahí la llave, patrón... ¡Dios! Lo siento.

La domadora se unió a los hombres con gesto agresivo, chasqueaba la lengua como si buscara a una fiera perdida.

-...Ese maldito hijo de... -Tilda se llevó las manos a la cabeza- ¿Dónde se ha metido ese canalla...? ¡Chris! ¡Ha dejado embarazada a Chris el muy...!

-¡Basta! -el capataz zanjó el alboroto con un grito- Mañana a primera hora habrá reunión general, ahora necesito paz para valorar lo sucedido y su alcance. Por favor, calmaos, sé que es difícil, pero será mejor para todos. Descansad ahora, ¡hasta mañana!...

El patrón comprobó que su carromato seguía entreabierto, la llave tampoco estaba en su lugar. Adentro reinaba un caos monumental, pero aún así se sentó en su sillón tras apartar de encima la mesita de noche y un cuadro desvencijado. Todo lo que antes descansó sobre las estanterías estaba ahora desperdigado por el suelo; un hueco vacío resaltaba en el estante donde antes reposó la caja fuerte. Ni rastro del cofre en que guardaba la recaudación, los jornales de cada trabajador del circo, se lo había llevado todo. El capataz suspiró hondo, casi sin resuello... Con el cofre también se llevó la foto, la única foto que guardaba de su boda con Matilda, antes de que se marchara con aquel ruso domador de tigres, antes de que naciera la pequeña Chris... Al capataz se le agolpaban los recuerdos en la mente como si alguien hubiese destapado la caja de Pandora que él custodió hasta ahora como su tesoro. Se mesó los cabellos para calmarse, aquello no cambiaba nada, tan sólo se trataba de un contratiempo, un maldito contratiempo, sí... Igual que cuando tuvo que hacer desaparecer al amante ruso aquel. Tampoco fue fácil descuartizarlo ni alimentar a los tigres con sus restos, mientras su esposa sufría la vuelta de tuerca de su rechazo, ese fue el castigo que ella se buscó, ese fue el precio. No fue fácil soportar la traición ni a la hija de otro ni admitirla trabajando en su circo, no... Y ahora tampoco resultaba fácil aceptar el robo y el engaño, pero sólo era un contratiempo más. Mañana el circo seguiría adelante, ávido de risas y gentes, de aplausos y trucos para subsistir, esa era su vida... El circo tenía que continuar.

A la semana siguiente un joven se acercó hasta su carromato. El patrón, sentado, con las piernas descansando en otra silla, le escuchó sin dejar de leer...

-¿Es por el anuncio? Pero usted no es de aquí, joven, bien puede encontrar otro trabajo más apropiado...

El chico de tez aceituna ensalzó el modo de vida del circo, su dimensión próxima al arte. Llevaba dos años allí con su familia y los trabajos destinados a los emigrantes eran los deshechos que nadie deseaba...

El capataz ya no atendía cuando murmuró en voz baja:

-...Todos son iguales...

-¿Cómo dice...?

-Está bien, haremos una prueba –el capataz se incorporó de un salto al tiempo que lanzaba el periódico contra el asiento-. Empiece por dar de comer a los animales...

BALAS PERDIDAS

A pesar de que era tarde llegaba justo a tiempo para cenar. Los informes de fin de mes prolongaban en exceso el trabajo; además le disgustaba dejar a su mujer y su hijo solos en casa tras la ola de robos y asaltos que desde hacía varios meses tenían atemorizada a toda la urbanización. Uno de sus vecinos, el juez Straiton, ahora jubilado, había propuesto crear patrullas de vigilancia organizadas por ellos mismos, pero Terry era más partidario de encomendar la tarea a los auténticos profesionales de la seguridad, aunque él ya había tomado sus medidas particulares de prevención.

Cuando entró en casa encontró a Clarice y al pequeño Matt ya a la mesa.

-No hemos hecho más que sentarnos –saludó ella, incorporándose; después de un fugaz beso de bienvenida, se dirigió a la cocina.

El pequeño Matt se abalanzó sobre su padre.

-¡Papi, papi, vamos a jugar, papi!...

Terry sonreía mientras le abrazaba. Últimamente no había quien le quitara al niño aquellas palabras de la boca: jugar, jugar... A fin de cuentas eso es lo que con casi diez años tenían que hacer los niños.

Le sentó sobre sus rodillas y, antes de que volviera la madre, sacó el revólver que guardaba en la gabardina; sabía que a ella no le gustaría. Sujetó la mano del pequeño entre las suyas y, empuñando el arma, apuntaron hacia el techo...

-¡Pam, pam! –el pequeño Matt disfrutaba sin dejar de disparar hacia el televisor, la lámpara, los cuadros- ¡Pam, pam, pam!...

Clarice regresó con su cena sin disimular un gesto de desagrado, pero Terry reaccionó con rapidez:

-¡Venga, ahora a cenar, se acabó el juego!...

No obstante no se libró de la consabida reprobación de su esposa.

-Sabes que no me gusta que juegues con eso, Terry, no deberías acostumbrarle a...

-¡No es para tanto, mujer! –atajó él, intentando embromar la situación-. No se cansa de jugar este chiquillo...

Ella pareció ceder, se acordó de repente que la señora Levin vendría de visita al día siguiente.

-Mañana se hartará de jugar con Philip, su amigo del alma. La señora Levin quiere enseñarme las fotos de sus últimas vacaciones.

Durante la cena charlaron del trabajo, de sus próximas vacaciones y de las recientes incidencias en el barrio...

-¿Sabías que atracaron al matrimonio Conway el pasado fin de semana? –Clarice enseguida le puso en antecedentes con todo lujo de detalles-. Se encontraron con media casa desvalijada a su vuelta. Dice la policía que no se toparon con los ladrones dentro de puro milagro...

A Terry comenzó a disgustarle el tema de conversación, pero Clarice continuaba adelante con la explicación de los pormenores.

-...Fíjate que el chalet de los Scovell está pegado al suyo y Joie Scovell no oyó nada. Me la encontré este mediodía, a la salida del colegio. No hablan de otra cosa...

Pero Terry ya no atendía. Se levantó de la mesa y, con el pretexto de subir la gabardina a la habitación, puso fin a aquella preocupación que amenazaba con enquistarse y tanto malestar le provocaba.

A la tarde siguiente se las ingenió para aligerar el trabajo y llegar temprano. Aún estaba la señora Levin con Clarice, mientras los dos chiquillos correteaban por la casa.

-¡Hola a todos! ¿Qué haces, hijo?

-¡Estamos jugando, papi! –saludó el pequeño mientras subían escaleras arriba hacia la habitación.

-¡Siéntate, cariño, mira qué fotos! –Clarice le señaló un sitio en el sofá-. Déjales que jueguen allí, al menos podremos estar un rato tranquilos...

No fue preciso insistir demasiado para que Terry acogiese de buen grado la invitación; también aceptó la taza de café que su esposa le preparó, mientras escuchaba las anécdotas del viaje de la señora Levin, dispuesto a dejarse distraer por una velada animada. Tan absortos andaban entre risas y curiosidades que tardaron en percibir el extraño silencio con que se anuncia la tragedia. Pero ya era tarde.

El eco de la detonación resonó con estruendo por toda la casa, mientras el café se derramaba entre las fotos y, alarmados, saltaban de sus asientos. Impulsado por un resorte invisible, Terry subió de dos en dos las escaleras hacia la habitación de arriba... El pequeño Matt sostenía la pistola aún humeante entre las manos y, tumbado a sus pies,

su amigo Philip se tapaba los oídos con expresión horrorizada. Las mujeres gritaron sobrecogidas cuando Terry arrebató el arma a su hijo y, nervioso, comprobó que ninguno de los dos había sufrido daños.

-¡Gracias a Dios! ¡Qué susto!... –exclamó girándose hacia su mujer.

La señora Levin sostenía en brazos a su hijo sin dejar de sollozar, mientras el pequeño Matt se entregó al regazo de su madre, pálido de miedo. Clarice se percató entonces del agujero de bala que había perforado la puerta lacada del armario.

-¡Maldita sea, Terry! Te dije mil veces que un día...

Al abrir el armario Clarice chilló de nuevo apartándose, espantada, cuando un cuerpo ensangrentado cayó sobre ella con todo su peso muerto. Terry se acercó con el arma en la mano. El hombre tenía el rostro oculto por una malla y un tiro le atravesaba el centro del pecho. Agachado junto a él, extrajo del bolsillo de la americana algunas joyas que asomaban; reconoció el collar de brillantes de Clarice y uno de sus relojes de oro...

Aún no se habían repuesto del estupor cuando el sonido de dos detonaciones más les llegó desde la calle. Terry se acercó a la ventana que, abierta de par en par, hacía ondear las cortinas; se asomó. Abajo, su vecino el juez Straiton repartía órdenes entre un grupo de hombres que trataban de inmovilizar a otro contra el suelo. El juez se dirigió a él:

-¿Estáis bien, Terry?

-Estamos bien, sí... ¿Qué ha pasado?

-Vuestro disparo nos alertó; también debió de asustar a este que salió corriendo de mi casa, tratando de huir, pero esta vez hemos andado listos –el juez tomaba aire a cada palabra sin poder ocultar la ansiedad ni la satisfacción por la captura-. Es el hijo de los Lenz. Había otro más que logró escapar, pero los vecinos le han reconocido: se trata del nieto de los Breen; dicen que su hermano también está metido en esto. Son chicos del barrio, ¿te das cuenta?, de aquí... Llama a la policía, Terry...

Se giró sin soltar el arma hacia las mujeres que, en un rincón, se abrazaban con los niños en brazos. Se acercó hasta el teléfono y quiso descolgarlo, pero no pudo. La pistola aún estaba caliente, podía sentir su calor metálico en la mano, una quemazón que pesaba, le pesaba demasiado...

AVENTURA EN LA SABANA

Sólo a ella podía ocurrírsele semejante locura. No hizo más que posar el pie en el aeropuerto de Nairobi y el fino tacón alto de su sandalia se quebró como la porcelana...

A duras penas arrastró su cojera al compás del portamaletas hasta la puerta de salida, pero su sorpresa no había hecho nada más que comenzar... ¿Dónde estaban las aceras allí...?, se preguntó, sin salir de su estupefacta expresión de asombro. El polvo llenaba las calles y, de repente, cayó en la cuenta de que era un visible e indisimulable centro de atención con su piel clara y la cabellera rubia que tanto trabajo le dedicaba y de la que tanto gustaba en alardear al viento. Sí, tenía la impresión de que toda la gente del mundo la miraba, toda la gente de color, pues en aquel lugar sólo ella parecía desentonar. Con una mano sujetaba el asa del equipaje y en la otra, para compensar lo incómodo del desequilibrio, optó por sostener el zapato roto. Un par de hombres se le acercaron, pero no pudo distinguir ni una sola de sus palabras... Aunque se lo advirtieron antes no se imaginaba lo necesario que ahora iba a resultarle el dominio del inglés. Al final de aquella hilera de vehículos empolvados le pareció distinguir la figura de una persona con rasgos europeos; al acercarse comprobó que en efecto se trataba de un blanco maduro, regordete, vestido con traje de safari que, al girarse y reconocerla pareció quedar aún más pasmado que los lugareños...

-¿Habla usted inglés, señorita...?

-...Sí, no sabe qué alegría me da encontrar a alguien por aquí...
Disculpe, pero entiéndame, con quien poder hablar...

El hombre echó atrás su sombrero salacot y se rascó la barba en un gesto de incredulidad.

-Desde luego que lo que le trae por aquí, señorita, debe de ser urgente, porque... -el hombre siguió con la vista el recorrido del cuerpo de la joven sin acabar la frase. A Judith no le pasó desapercibido que su atuendo no era quizás el más apropiado para aquel viaje -había sido

todo tan repentino-, pero disculpó con cierta benevolencia el descaro del barbudo inglés, no tenía otra elección allí. Así, abrió el pequeño bolso de mano de color rosa que llevaba debajo del brazo y revolvió en el interior, dispuesta a hacérselo entender a su desconsiderado interlocutor. Extrajo un pequeño papel arrugado que desdobló y leyó en voz alta ante los atónitos ojos del barbudo gordinflón:

-...Richard J. Mulligan, reserva de Al Marai Mara...

-¿...Quiere decir que viene desde Europa con estas señas como única dirección, señorita? –el inglés no daba crédito a lo que contemplaba, aunque reaccionó rápido-. Verá, yo sólo puedo llevarla hasta la reserva Mara, pero dejarla allí me da cargo de conciencia y ya voy haciéndome algo mayor para ese tipo de remordimientos...

Judith se agarró a sus palabras como a un clavo ardiendo, no tenía otra escapatoria.

-Pues trato hecho, le abonaré el importe del trayecto, lo demás corre de mi cuenta y riesgo!

-¿Riesgo dice? No lo sabe usted bien, amiga –el barbudo reinició la tarea de reacomodar los equipajes de sus viajeros en los vehículos cuatro por cuatro, donde hizo un hueco para el de Judith. Luego le hizo señas para que tomara asiento antes de que el resto de viajeros se apercibiese de que no pertenecía a la excursión.

-No hable una palabra, usted será mi secretaria...

-¿Quedan muchos kilómetros hasta ese lugar, oiga? –preguntó Judith a través de la ventanilla abierta, mientras se quitaba las dos sandalias en un gesto de alivio.

-Más de doscientos cincuenta, así que póngase lo más cómoda que pueda, haremos pocas paradas...

Los tres vehículos todoterreno iban cargados hasta el techo; se trataba de un safari de turistas asiáticos que pronto llegaron en tropel, cada uno provisto de más de una cámara fotográfica. Judith saludó con la cabeza a los primeros que entraron. Luego, adoptó una postura lo más flexible posible para aguantar las tres horas largas que calculó le supondría recorrer casi trescientos kilómetros, aunque pasó por alto el detalle de que aquellas pistas de tierra poco tenían que ver con las carreteras que ella acostumbraba a conocer.

A decir verdad el trayecto duró más del doble, lo suficiente para reconocer hasta el arrepentimiento la innumerable cantidad de ese tipo de detalles que había obviado con su imprudencia. Conoció a Richard en un desfile de modelos en Nueva York, hacía un año que se despidieron de aquel breve aunque intenso noviazgo. Él le hablaba

siempre de sus cacerías, de su vida en el Africa salvaje; le contaba historias que, al imaginarlas, a ella se le hacían de ensueño; se las repetía en cada carta, enamorándola, animándola a irse con él. Cada vez que leía las letras de sus postales Judith se replanteaba su modo de vida hasta la fecha y durante unos días tomaba cuerpo la duda de si hacía lo correcto, de si estaba prescindiendo de su verdadero amor por la falsa apariencia de su vida cómoda y ordenada entre tantos viajes y hoteles. Tampoco le ayudaba el hecho de que su profesión de modelo apenas le permitía organizar otro asunto que no fuera la agenda de trabajo.

Fue su compañera de habitación y amiga íntima, Carol, quien la animó a decidirse a desenmascarar la duda, sólo así despejaría la incertidumbre que la asaltaba. La ocasión se presentó propicia cuando finalizó el Festival de la Moda de Trieste, no disponía de otro momento tan favorable. Carol le acompañó a sacar el billete de avión para Nairobi, casi empujada por la corazonada de su amiga, disponía de nueve días antes de que la semana siguiente comenzase la Pasarela Internacional de Ibiza. Aún resonaba vivo el eco de las palabras de su amiga entre el traqueteo del coche con los baches:

-Ahora, niña, o nunca lo vas a saber...

Y allí estaba ella, enfundada en su falda de tubo azul turquesa hasta los tobillos, con aquel escote largo que dejaba asomar el esternón y que sólo podía tapar con el plumón de su chaqueta corta plateada; y con un par de zapatos inservibles. Sin duda era lo más cerca que había estado nunca de la locura. Tal vez su amiga tenía razón, no había tenido tiempo de pensarlo dos veces, tal vez no había otro modo de encontrar la paz o el amor... O la locura.

Sin embargo, durante el viaje Judith tuvo ocasión de quedarse boquiabierta con el increíble paisaje del Valle del Rift abriéndose a su paso y, de vez en cuando, con la aparición por sorpresa de algunos animales salvajes. Los turistas fotografiaron a las jirafas y chillaron histéricos cuando un grupo de elefantes surgió de entre la maleza. Pudieron contemplar arremolinados en las ventanillas avestruces, impalas, gacelas y antílopes de las más variadas especies, antes de llegar a Narok, donde hicieron una obligada parada. A Judith la confundía el enorme contraste que mostraba la pobreza de aquellas ciudades del interior africano; las gentes cruzaban las calles sin aceras en un desordenado vaivén, nunca había visto tanto polvo... Cuando el inglés regresó para reanudar la marcha, finalizado su turno en los aseos, reparó inquisitivo en el zapato que Judith sostenía en la mano.

-No tengo de recambio...

Él la pidió el otro y, de un certero golpe, lo rompió dejándolo igualado a la misma altura...

-Tenga, ahora podrá andar mejor...

La tarde se teñía de la gama más variopinta de rojos y amarillos que Judith jamás contempló. Atardecía en la sabana cuando llegaban a la reserva, así que no había tiempo que malgastar. El inglés optó por montar un campamento fuera de la reserva, allí se quedarían él con Judith y un pequeño número de clientes, amantes de la aventura; al resto les llevó a una de las instalaciones del interior, más preparadas y también más caras.

Judith vio marchar a los vehículos sentada junto a la fogata; a su lado, los turistas orientales descansaban ya dentro de la tienda, reponiendo fuerzas para otra jornada fotográfica prometedora. Antes de entrar en su tienda, Judith contempló absorta el enorme sol africano ocultándose entre las copas bajas de los árboles; nunca lo había visto ni tan rojo ni tan grande. Se acostó y cerró la mosquitera, sin tardar en quedarse profundamente dormida.

No había comenzado a amanecer cuando los oyó por primera vez: el rugido del león dejaba el rastro largo de su eco colgado en el aire. Judith era consciente de que se hallaba muy despierta, más de lo que ella hubiera deseado y, encogida, contuvo el aliento rezando, a la espera de que aquel trueno salvaje pasara de largo. Le pareció que una sombra rozaba el costado de lona de la tienda y mordió la colcha para aguantar un grito. Un terror ancestral se apoderó de ella al comprobar que el guía no había aparecido en toda la noche; le atenazaba, pero aún así se arrastró semidesnuda hasta la entrada de la tienda y asomó su cabeza por la rendija de tela... Afuera, las dos tiendas y el todoterreno que formaban el campamento base descansaban en el silencio que sólo las fieras invisibles se atrevían a romper. Junto a la fogata apagada distinguió el aljibe de agua que había pasado toda la noche a la intemperie. Se sentía sucia con el sudor del viaje y sacó los arrestos suficientes para, de una carrera rápida, acercarse a recoger el agua y regresar rauda a la tienda. El corazón se le agolpaba en el pecho, no sabía si era la mañana fresca o el rugir atronador de los leones lo que le erizó cada poro de piel, pero se sintió otra una vez que se frotó y roció de agua en aquella especie de baño improvisado. Al asomarse para devolver el aljibe a su sitio le vió por primera vez... La silueta oscura de aquel hombre brillaba, delgado y alto, sobre el horizonte claro del alba que despuntaba; apoyado sobre un pie en una larga

lanza, junto a la fogata, parecía escudriñar el aire en busca de señales ocultas para cualquier otro mortal. La perfección de su perfil la hizo sentirse a contemplar con deleite la belleza de aquella efigie humana...

En la tienda de al lado se escucharon las voces de los primeros turistas desmereciéndose y, de pronto, algún fogonazo de luz intermitente despertaba risas incontenibles entre ellos. Casi al tiempo se oyó el ruido del motor de los vehículos; el inglés regresaba y, a juzgar por el dinámico salto con que se apeó del coche, parecía que también con cierta urgencia... Se dirigió directo al guerrero masai, que apenas inmutó su difícil postura en la lanza; intercambiaron algunas frases imposibles de descifrar para Judith. Los orientales ya salían de la tienda con sus pertrechos equipados y el inglés les conminó a dejar bien recogido el campamento para comenzar la expedición cuanto antes. Luego le explicó a Judith que ese momento de la mañana era el más apropiado para avistar animales, pero que al encontrarse fuera de la reserva corrían el riesgo de ser avistados antes por ellos, así que debían de acelerar la puesta en marcha para iniciar el viaje si no querían formar parte de su desayuno.

-También pregunté por su amigo en el hotel de la reserva, señorita. Nadie conoce a alguien con ese nombre –prosiguió con el relato antes de que el malestar se apropiara de la indefensa muchacha-. Si como usted señala se trata de un cazador profesional creo que hemos llegado en mala época. Las lluvias comenzaron hace un mes y los ñúes migran hacia las zonas verdes del Serengeti; lo más probable es que su amigo cazador haya marchado hacia allí y que no vuelva hasta dentro de tres o cuatro meses por lo menos... Y lo siento porque no es nuestra dirección. Si lo desea puede venir con nosotros hoy hasta el Ngorongoro, forma parte del trabajo contratado llevar hasta allí a estos curiosos viajeros. Al menos será mejor eso que quedarse aquí sola...

Judith asintió desolada, pero no desfalleció y, callada, se dispuso a recoger los utensilios de maquillaje que componían la mitad de su ligero equipaje. A aquel inglés, barbudo y gordinflón, no le faltaba razón; si hubiera estado con ella su amiga Carol le habría animado también a participar y disfrutar del viaje antes que hundirse en lamentaciones inútiles. Cuando todo lo necesario estuvo cargado en el vehículo, Judith tomó asiento junto al conductor, siguiendo su indicación; atrás quedaban los cuatro asiáticos en alegre camaradería. Desde la ventanilla contempló ensimismada la esbelta figura del

masai, envuelto en su túnica de un azul añil immaculado... Al inglés no le pasó desapercibido el interés despertado por el guerrero.

-Con un vehículo nos bastará. Masongo cuidará del resto; a la vuelta iremos a visitar el asentamiento donde vive, no anda lejos de aquí. Será el final de otra de mis excursiones contratadas; luego iniciaré una nueva en el Lago Turkana... –explicó para sí a sabiendas de que la chica le escuchaba-. No se crea, no todo es tan idílico como parece. A veces daría cualquier cosa por una buena borrachera de whisky en una calle animada con tráfico y gente, mucha gente y chicas, por supuesto. No es que aquí no se beba, uno tiene sus contactos, ¿sabe?, pero luego sopeso los inconvenientes y, aunque no lo crea, no hay nada que pueda envidiar fuera de esta selva... Creo que a ese amigo que busca le ocurre algo parecido, aunque sea de Brooklyn –el inglés rompió de repente a reír en sonoras carcajadas-. No creo que le encuentre, ¿sabe?, y en todo caso le dará igual. Perdóneme, señorita...

El inglés arrancó el coche mientras reía con estrépito de nuevo. Una bandada de aves dispersó el vuelo a su paso; las copas de los árboles eran un hervidero, el sol estaba alto y apretaba ya el calor.

La inmensa llanura del Serengeti se abrió ante los ojos de Judith con todo su esplendor. Desde su privilegiado asiento de copiloto admiró la vasta amplitud de terreno que parecía no tener fin, tan sólo unas leves montañas azuladas se distinguían al fondo. Abandonaron la orilla del río Mara para tomar rumbo al sur y no tardaron en aparecer los primeros grupos de animales: búfalos, cebras, gacelas y...

-¿Aquello, qué es aquello? –Judith señalaba con el dedo casi chillando de emoción.

-Es un topi, sólo los verá por aquí... -el inglés aminoraba la marcha para que los turistas disparasen sus cámaras de fotos sin interrupción. Ellos gritaban nerviosos:

-¡Aquí, pare aquí...! ¡Please, please!

Se detuvo más adelante a cincuenta metros de un grupo de elefantes que ramoneaban las hojas de los árboles. Uno de los viajeros aseguró haber observado un león a lo lejos, aunque fue una falsa alarma, pero el inglés prefirió ser precavido. Se trataba de una pareja de guepardos agazapados en la sombra a la espera de una presa distraída.

-Continuamos. No se bajen, por favor, vamos...

Todo lo que el guía le contó durante el trayecto sobre la caldera del Ngorongoro quedó en agua de borrajas comparado con la vívida emoción con que Judith contempló la fastuosidad del paraíso que se tendía ante ella, al borde del cráter... Todo un mundo nuevo, de

vegetación virgen, se extendía a sus pies: cebras, ñúes, hienas, chacales, hipopótamos, podían distinguirse desde el mirador. Lamentó en esos instantes no haber traído consigo una cámara fotográfica al igual que sus compañeros de viaje. En el lago central se reflejaba la luz brillante del sol y la sombra tenue de algunas nubes que aún flotaban en la mañana avanzada. También se divisaban desde lo alto algunas hileras de coches, excursiones organizadas que circundaban las rutas del interior del cráter a la búsqueda de una instantánea original o una experiencia única. Sin embargo, Judith rehusó la invitación del inglés; prefirió aguardarles de su descenso al cráter en el hotel del mirador, al menos no se quedaría sola y, aunque estaba logrando convertir en positiva aquella situación, también podía disfrutar de la experiencia sin necesidad de meterse en las mismas fauces del león.

El inglés accedió a su deseo, no sin antes haberse asegurado de que quedó allí, sentada en una de las mesas del porche del restaurante con inmejorables vistas a la maravilla de aquel panorama.

-Regresaremos después de comer, hay que estar de vuelta en la reserva antes de las seis. Diviértase, señorita, pero no se me pierda, ¿de acuerdo?...

Judith le dedicó una sonrisa de agradecimiento que pareció tranquilizarle; le resultó gracioso el inglés, preocupado por ella mientras se alejaba apresurando el paso con su prominente barriga hacia sus anhelantes clientes. La panorámica desde el ventanal era una fiesta de la naturaleza, un estallido de belleza donde el peligro transformaba en mágico cada instante. Extasiada, se deleitó observando el paisaje mientras aguardaba la llegada de algún camarero, necesitaba un café caliente y tal vez pidiese unos sándwiches antes de que regresara su expedición. Una chica de uniforme pasó de largo sin atenderla y decidió acercarse al mostrador ante la tardanza. Se dirigió al hombre que, de espaldas, colocaba unas botellas en la repisa alta...

-¡Oiga, por favor!...

Judith se tapó la boca con las dos manos cuando el hombre se giró y rescató al vuelo una de las botellas que caía... El hombre también palideció al reconocerla y oír su nombre:

-...¡Richard! ¡No es posible, Ricky!

-Schsst... ¡Nena, por favor, no grites! ¡Ven, vamos allí! –dijo el joven de rasgos europeos señalando una de las mesas más apartadas.

Judith le siguió sin saber cómo sus músculos le respondían; se sentaron al extremo del ventanal. El panorama ahora cedía el

protagonismo a la situación que se le presentaba delante y Judith exigía respuestas, demasiadas de repente, sin articular palabra, con tan sólo un gesto de perplejidad. Y él lo adivinó, fue directo al grano...

-Verás, nena,... Pero ¿cómo has venido hasta aquí? Nunca habría imaginado que...

-¿...Nunca? Pero si en tus cartas me...

-Nena, verás, por favor, no te alteres... Estoy casado, Judith, lo siento, perdóname, ya lo sé... -el hombre se esforzaba por calmarle reprimiéndose gestos de consuelo que le impedían tocarla, ni rozarla- Fue hace cinco meses, mi esposa y yo regentamos este restaurante, fue todo tan rápido que no pude... Me resultó imposible decírtelo, nunca pensé que te atrevieras... Lo siento, Judith, por favor...

Pero Judith tragó algo más que aire con sus palabras. Había madurado de repente, encajó cada una de las piezas con absoluta entereza, discerniendo entre excusa y disculpa, con esclarecedor dictamen, sin juzgar ni tampoco juzgarse. Algún desconocido resorte se había soltado que ahora era capaz de entender y, sin esfuerzo, desembarazarse de la niña boba por la que la habían tomado a lo largo de su andadura vital, profesional, sentimental, si acaso todo no era uno. Siempre se consideró víctima de su bondad ante quienes daban el paso por ella y se aprovechaban de su inocencia, de su claridad, de esa lucidez que tanto trabajo de limpieza le costaba. Injusto o no, ahora la herida estaba cicatrizada, ya no podían hierirla más con el mismo arma y reaccionó natural, sin sorprenderse ni a sí misma, con la solución de su destino, dueña algo, de él por fin.

Le escuchó hasta el final, hasta que se agotó de repetir lamentaciones, hasta que suplicó silencio, hasta que quiso desaparecer, hasta que dejó de conocerle, hasta que las lágrimas se mostraron inútiles e insuficientes. Y entonces calló, aceptó de buen grado ese desayuno a las puertas del mediodía que quitaba hierro al asunto y que le reconciliaba consigo misma, con sus antiguos tropiezos. Tal vez los sándwiches la hicieron ajustar otro punto de vista con el estómago ahora lleno, pero estaba segura de sus gestos, de lo que sentía e iba a ser capaz de sentir. Se acabó dejar pasos atrás, inservibles en estaciones abandonadas; así que con pausa y medida en cada una de sus palabras le dejó bien claro que no pasaba nada ni nunca había pasado ni tampoco iba a ocurrir. Sin embargo fue él quien, lejos de apaciguarse ante desorbitado perdón, se inquietó, enajenado de sentimientos confusos, más preocupado por si hacía acto de aparición su esposa que por la absolución de sus faltas amorosas. Le sirvió dos

sándwiches entre disculpas y adulaciones, atento, entregado, con una infusión de té de regalo, deshecho en atenciones, mientras explicaba a su mujer en la cocina que la chica se encontraba indispuesta. Fue una despedida de propina.

Cuando el inglés apareció moviendo su voluminosa panza, Judith rozaba la dicha; más aún cuando le explicó el inglés que se había hecho tarde, que ellos habían picoteado algún tentempié y que no había tiempo para menús de sobremesa pues a partir de las seis de la tarde estaba prohibido circular por las carreteras de la reserva. Judith le siguió complacida y obediente, sin echar la vista atrás. Al barbudo inglés le resultó extraña la figura de un camarero plantado en mitad de las mesas que les miraba con expresión de pasmarote, pero no tenía tiempo para minucias.

El regreso fue rápido por pistas apenas imperceptibles, pero a Judith le dejó el sabor dulce de la aventura exprimida al máximo. Un grupo de buitres revoloteaba los primeros hilos anaranjados de cielo cuando avistaron el río, era el momento en que los hipopótamos se decidían a salir del agua y dejarse ver, aunque sin apenas iluminación para los fotógrafos asiáticos. Casi era media tarde cuando cruzaron los límites de la reserva, los turistas callaban clavados a sus asientos, ávidos por caer rendidos al sueño reparador. Judith participó con entusiasmo en montar las tiendas; los orientales fueron los primeros en desaparecer tras la lona. El inglés explicó que se acercaría al interior de la reserva para tratar los avituallamientos del día siguiente, pero Judith sabía que tampoco volvería esa noche. Se quedó contemplando por unos momentos el cielo rojo de sangre africano, aquella tierra había obrado el milagro, nunca antes se había sentido más viva. Cerró la mosquitera y se arropó hasta la barbilla; quiso entristecerse, pero ya no le quedaban lágrimas.

Aquella noche soñó con pájaros rojos que graznaban sobre barcos hundidos en la arena del desierto y con volcanes humeantes que aparecían y desaparecían mientras rugían... Pero lo que le despertó eran rugidos de verdad, roncos y largos; siempre le daba la impresión de que se oían cerca, demasiado. Se sentó a la entrada de la tienda, aún no había amanecido, así que pensó en recoger otra vez el aljibe de agua para refrescarse de mañana, de ese modo luego no tendría que volver a salir. Avanzó a oscuras en dirección a la fogata, el aljibe transparente se distinguía en la noche, pero notó algo más a su alrededor, un fuerte olor que enseguida acertó a concretar... Un león de poblada melena se aproximaba hacia ella, la silueta oscura se movía

sinuosa en la oscuridad y Judith se quedó petrificada por el brillo de aquellos ojos inhumanos. Iba a gritar, pero hacía frío y el miedo le agarrotaba cada vez que la fiera avanzaba un paso. Al final gritó con un chillido desgarrador que traspasó la selva para unirse a los otros rugidos en un coro infernal. Se quedó con el grito helado en la garganta y los ojos muy abiertos cuando el guerrero masai se interpuso entre ella y el animal de dos largas zancadas... El león se detuvo, sin duda eran viejos conocidos, o al menos la lanza imponía similar respeto. El masai se movía, también sinuoso, y su lanza danzaba un ritual de muerte que el león enseguida reconoció y eligió evitar; se ladeó para lanzar dos rugidos seguidos que tronaron como tormentas, aunque Judith ya no sentía, hubiera jurado que ni respiraba y, finalmente, retrocedió para salir en discreta huída por la espesura. Entonces toda la vida pendiente de un hilo y contenida en un grito se desbarató libre, repentina, y Judith gimió entre sollozos abrazándose al hombre que le había salvado de un horror seguro. Se aferró a su cuerpo de marfil oscuro entre temblores, agarrotada del terror que aún flotaba sobre ella y, sólo de forma paulatina, fue recobrando la clama. Se apercibió entonces de las cabezas de los orientales que asomaban tras la tienda, entre curiosos y atemorizados, y miró al hombre masai con una plegaria de gratitud dibujada en los labios. Su rostro de cerca era el de una efigie esculpida por el dios de la belleza; él apenas se inmutó y con una sonrisa leve le indicó que le siguiera...

Se habría adentrado con él tras las mismas puertas del infierno, pero fue tras sus pasos bordeando la maleza de un camino invisible que sólo él parecía adivinar. No tardó en vislumbrarse el poblado al fondo, cercado por una muralla de estacas y espinos que lo protegían de los peligros que aún seguían rugiendo en la lejanía. Las mujeres ya habían abierto la cerca y el ganado comenzaba a salir, pastoreado por otros hombres que saludaron a Masongo con familiar naturalidad.

Se adentraron en el corral y ella le siguió hasta las viviendas, un grupo de chozas hechas de hierba y ramajes. Masongo habló con unas mujeres ocupadas en el ordeño, altas, delgadas, de facciones suaves y finas, como él. No tardó en volver donde ella con un cuenco de calabaza que contenía leche fresca que Judith se aprestó a beber y agradecer. Observó a los muchachos masai de cuerpos largos y esbeltos, envueltos en telas de llamativos tonos rojizos y azulados, que paseaban con sus varas entre los curvos cuernos del ganado. Debajo de una acacia un grupo de mujeres cosía cuentas en pieles curtidas con atractivos dibujos, entre risas; mientras hablaban, animadas, con igual

destreza fabricaban gargantillas, collares y pulseras. Le llamó la atención las bellas cintas multicolores que lucían en su cabello y los brazaletes de filamentos de cobre que ceñían en brazos y tobillos. Algunas llevaban unos pesados pendientes que alargaban con exageración sus lóbulos. Los niños jugaban entre las chozas, bulliciosos y alegres, vestidos tan sólo con los collares de cuentas que les rodeaban la cintura. Tan ensimismada estaba en la contemplación de la vida de aquellas gentes que no echó en falta la presencia de Masongo hasta que lo vió entrar de nuevo a través de la cerca de estacas al frente de una pequeña comitiva formada por el inglés y un grupo variado de turistas; los japoneses filmaban cada brizna de la pradera retrasando la marcha del resto.

El inglés trató de organizar a sus clientes de forma que aquella velada resultara tanto su agrado como del de sus anfitriones a los que insistió en respetar a toda costa. Luego, se llevó aparte a Judith y se interesó por el incidente con el león de la reciente madrugada.

-Masongo me lo contó –le aclaró, aliviado ahora que la tenía enfrente-. Por eso trabajo con hombres así, esto no es un juego.

Judith trató de restar importancia al hecho y, con un ademán pasajero de su brazo, quiso decir algo al respecto, pero le hizo callar el sonido de la canción que unos jóvenes masai entonaban dispuestos en círculo al tiempo que imprimían un cadencioso movimiento a sus cuerpos. El inglés sugirió sentarse junto al resto de viajeros para asistir al espectáculo de la danza.

El movimiento de los hombres se iba incrementando, acompasado, a medida que el tono de la canción se intensificaba. Ahora, se les unió un coro de mujeres que balanceaban sus enormes collares de cuentas con el rítmico baile de sus cuerpos. Uno a uno, cada guerrero salía al centro del círculo y, dando unos saltos largos, perfectos, parecían retar al cielo. Cuando le llegó el turno Masongo saltó ágil, con elegancia, y Judith se dejó envolver por aquel ambiente festivo; le pareció que aquella demostración de música y color emanaba de las entrañas mismas de la sabana, de un África ancestral que les emparentaba a un origen único y común. Era inevitable que aquel coro de voces y sonos armoniosos acabara por fundirse con los latidos del corazón y Judith personificó en los saltos de aquel hermoso guerrero la magia de un dios sagrado.

El inglés le explicó que Masongo pasaría a convertirse de joven a adulto en poco más de un año, entonces podría casarse; los masai

podían llegar a tener hasta diez esposas. Judith atendía con asombro tanto el vistoso espectáculo como las palabras del guía.

-¿Y esos otros? –le preguntó, señalando hacia un pequeño grupo de muchachos con la cara pintada de blanco y envueltos en túnicas negras -... Parecen tristes...

El guía inglés aclaró que se trataba de jóvenes varones que acababan de ser circuncidados; desde ese instante abandonaban la infancia para convertirse en guerreros. Las mujeres también eran objeto de idéntico ritual, alrededor de los catorce años; luego, eran dadas como esposas a un guerrero adulto y, a cambio, la familia recibía una considerable cantidad de reses que aumentaba así la riqueza de su rebaño. Los masai eran pastores y el ganado representaba posición y riqueza dentro de la tribu. El cariño que sentían hacia sus vacas se transmitía en las canciones y danzas. En raras ocasiones las sacrificaban, pero cuando lo hacían aprovechaban todo: cuernos, pezuñas, piel... Bebían la leche y también su sangre, aunque esta práctica estaba prohibida. El inglés apuntó que la civilización iba estrechando el cerco cada vez más sobre sus costumbres y que últimamente les resultaba difícil mantener sus tradiciones, hasta el punto de que tenían que acceder a aquel tipo de representaciones para los turistas para poder sobrevivir; cuando algunos masai se veían obligados a marchar a la ciudad las condiciones de trabajo era igualmente duras para ellos.

En aquella ocasión sacrificarían una res y dos cabras; siempre lo hacían los guerreros, lejos del poblado, no podían asistir las mujeres. Ellas se ocupaban de las tareas domésticas, la cocina, iban a por el agua, cosían, ordeñaban, construían las casas, emplastaban el tejado y paredes con el excremento del ganado. Todas se ocupaban de criar a los niños en aquello que a Judith se le asemejaba una auténtica comunidad familiar, mientras los hombres pastoreaban o, en otro tiempo no tan lejano, cazaban leones. Aún entre los guerreros más jóvenes que vivían alejados de la aldea, persistía la costumbre de adornarse la cabeza con una gran melena de león que ostentaban con orgullo.

Aquel asentamiento estaba formado por dos familias y casi setenta miembros. El inglés prosiguió su animada conversación ante el interés que suscitaba en la chica.

-Conozco a Masongo desde hace varios años; ahora aquí, antes en otras aldeas, mañana en otro lugar de esta inmensa pradera... Ellos son nómadas, pero vive equivocado quien crea que no lo es –confesó en un susurro al oído de Judith-. Ambos nos necesitamos...

Después de una frugal comida donde degustaron carne de res, de cabra y huevos de gallina, dieron paso a una tranquila sobremesa, tendidos a la sombra de las solitarias acacias. Los ancianos contaban historias, leyendas y hazañas de antiguos guerreros que les vinculaban al espíritu masai y que los niños y, sobre todo, los guerreros jóvenes escuchaban con atención. Por último, el inglés se incorporó y con dos sonoras palmadas anunció el final del programa previsto para aquella jornada; antes de media tarde había que estar en el campamento para los últimos preparativos, había mucho que recoger. A Judith le emocionó la despedida de la aldea entre risas y canciones. No se despegó del lado de Masongo durante el tramo de regreso, aunque tenía la certeza de que aquellas canciones les acompañarían siempre...

Aquella fue su última noche, pero durmió mecida en el rumor rugiente de las fieras de la sabana. Esta vez guardó un pequeño aljibe de agua para el aseo dentro de la tienda. Cuando se asomó comprobó que la sombra proyectada sobre la lona era la de un viejo amigo...

-...¡Masongo! –susurró, agradecida a su vigía particular.

El guerrero masai se aproximó hasta ella y, desatándose un collar de cuentas blancas y rojas que adornaba su cabeza, lo colgó en el cuello de Judith que, emocionada por el gesto, abrazó una vez más al gigante africano en señal de cálida despedida.

Amanecía cuando llegaron los dos vehículos restantes de la expedición inicial, pero el campamento ya estaba recogido, según las indicaciones del inglés; acabaron de cargar las tiendas y, por último, dedicaron el consiguiente turno a las despedidas. El inglés sonrió al comprobar que Judith se afanaba por contener las lágrimas, ya sentada dentro del todoterreno y, con un amplio saludo de agradecimiento hacia todos, señaló el fin de la excursión. Ahora había que ponerse en marcha para el regreso, aún restaban unas largas horas de carretera hasta el aeropuerto de Nairobi y la jornada se presentaba calurosa. La caravana de tres automóviles se movió despacio y Judith sólo miró una vez hacia atrás, lo bastante para contemplar por última vez la figura elegante del negro masai recortada sobre el paisaje de la sabana africana. Luego, sosteniendo en su mano el amuleto de cuentas de colores que le había regalado, prosiguió sería durante el resto del trayecto. Apenas prestó atención al paisaje que se sucedía a su paso, integrada ya en él, hecho suyo precisamente ahora que debía de expresarle su adiós.

-Lamento no haberla podido ayudar a encontrar a quien vino a buscar, señorita, pero espero que al menos la aventura haya merecido el viaje

... -se excusó el inglés mientras descargaban el equipaje en el aeropuerto.

-...No, por supuesto que me ha servido de ayuda... -hasta ese instante Judith no cayó en la cuenta de que no sabía su nombre-. No tengo perdón, pero ¿cómo se llama...?

-Puedes llamarme Rod, aunque aquí eso no importa mucho, créeme, ya te dije que yo soy todo esto...

Judith entendió a la perfección a lo que se refería, una vez que alguien se adentra en aquella tierra se hace uno con ella, muera o sobreviva. En este caso la vida no vuelve a ser como antes, a Judith no sólo se le había enriquecido de experiencia sino que ahora también una magia especial le acompañaba en sus nuevos pasos. Se despidió del inglés con un par de besos y un abrazo cariñoso...

-Perdóname, Rod, por no habértelo preguntado antes. Pero en cierto modo creo que encontré más de lo que buscaba, ni podía imaginarme que este mundo existía. Ahora me llevo conmigo un pedacito, aunque también se queda aquí algo mío para siempre... ¡Gracias por todo, amigo!

Desde la ventanilla del avión los grupos de animales se iban reduciendo de tamaño a medida que el aparato adquiría más altura, hasta convertirse en puntos minúsculos que acabaron por desaparecer excepto de su mente. Judith se recostó en el asiento y cerró los ojos intentando retener aquella visión en la retina de su alma, era un recuerdo del que no quería desprenderse. Aunque estaba cansada se sentía fuerte, era otra. Aún le quedaba el fin de semana para descansar antes de comenzar el desfile de trabajo del lunes; lo dedicaría a reponer fuerzas y asimilar el cambio. Además, ansiaba el reencuentro con Carol.

Cuando repiquetearon con los nudillos en la puerta Judith se despertó. Llevaba un día entero durmiendo en el hotel y la cama de su compañera aún permanecía intacta; ella había llegado primero. Por ello salió rápida a abrir. Era el servicio de habitaciones que iniciaba la jornada y a ella se le había olvidado poner el letrero de “no molesten”... El joven de color que empujaba la bandeja con desayunos pasillo adelante era alto, delgado, de elegante paso, y a Judith le recorrió un escalofrío de arriba abajo que no le impidió gritar ...

-...¡Masongo! ¡Masongo!

El hombre de uniforme se volvió hacia ella, pero enseguida se percató de que no era quien había creído.

-Disculpe, no. Gracias, disculpe... -Judith se retiró de nuevo a la habitación, sosteniéndose la cabeza entre las manos en un gesto de reprobación, como si aún fuese una niña pequeña a quien reprender por la travesura de un capricho prohibido.

Hoy llegaría Carol, necesitaba hablar con su amiga, tenía tanto que contarle... Le diría que en cierto modo encontró algo, pero nada del otro Ricky, del novio que ella conoció. Quería hablarle de ella, de la Judith que descubrió allí, de aquella tierra maravillosa que tanto le había regalado... Desde su cama, tumbada, contempló las sandalias que descansaban sobre la repisa del armario, unidas por un colorido collar de cuentas, más que un recuerdo: su trofeo de caza...

F I N

EL AUTOR



El autor, LUIS TAMARGO, es natural de Santander, en el norte español. Cursó estudios de Filología Hispánica y ha publicado “Escritos Para Vivir” (1998), su primer libro de poemas; y “Era Un Bosque” (2004), de relatos. Además de su obra poética, agrupada bajo el sobrenombre de “Poemágenes”, trabaja en la actualidad en una selección de relatos donde la prosa adquiere una dimensión poética emocional.

luistamargo@saludalia.com

* “ Es Una Colección de Cuadernos con Corazón”, © Luis Tamargo.-

SANTANDER
2005